

Presentación, <i>Senén Florensa</i>	13
Prólogo	17
A modo de introducción general	23

PRIMERA PARTE
HISTORIA, MEMORIA Y SISTEMA REGIONAL

- I. Mundo Árabe, resumen de su historia (622-2008) 37
- II. La Nakba: memoria e historia de Palestina (1896-2008) 113
- III. El sistema regional árabe: un sistema complejo y polarizado 143

SEGUNDA PARTE
IMAGINARIO COLECTIVO

- IV. El imaginario occidental sobre Oriente, los árabes y el islam 163
- V. Occidente en el imaginario de los árabes y de los musulmanes 185

TERCERA PARTE
RENACIMIENTO, LAICIDAD, DEMOCRACIA
Y TERRORISMO

- VI. El renacimiento árabe entre la búsqueda de las raíces y el deseo de Occidente 209
- VII. Los sinuosos itinerarios de la modernidad y la laicidad en las sociedades árabes y musulmanas 233
- VIII. Estado y democracia en el Mundo Árabe: la ficción de la excepción árabe 253
- IX. Gran Oriente Medio: televangelismo o «destino manifiesto» 287
- X. Terrorismo globalizado y terrorismo localizado. Intento de definición 305
- XI. Las semillas de la cólera - Terrorismo yihadista, política americana y situación palestina - ¿Qué relaciones hay entre ellos? ¿Cuáles serían las soluciones? 327

CUARTA PARTE
ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA

- XII. La evolución socioeconómica de los países árabes del Machrek: 2000-2008 347
- XIII. La evolución socioeconómica de los países del Magreb (2000-2008) 371
- XIV. Geopolítica del agua en Oriente Medio 387
- XV. Geopolítica del petróleo: la centralidad del Mundo Árabe 421
- XVI. Geopolítica de las migraciones árabes y magrebíes hacia Europa 451

XVII. El Consejo de Cooperación del Golfo: un proyecto de integración regional (1981-2008)	487
XVIII. La Unión del Magreb Árabe. Génesis, balance y perspectivas	507
Anexos	531

*Es antes del alba que la noche
es más oscura*

PRESENTACIÓN

Senén Florensa*

El profesor Bichara Khader nos ofrece de nuevo una obra luminosa sobre lo que es en el fondo el tema de su vida: cómo explicar no sólo a sus estudiantes universitarios, sino a sí mismo y al conjunto de sus conciudadanos europeos ese Mundo Árabe del cual tan profundamente él mismo, europeo y palestino, se siente formar parte y al que se siente ligado, como él mismo dice, por múltiples lazos.

No es la primera vez que desde el Instituto Europeo del Mediterráneo editamos y prologamos una de sus obras. Así lo hicimos con *Europa por el Mediterráneo. De Barcelona a Barcelona (1995-2009)*, donde glosamos ya la figura del profesor Bichara Khader y su importante papel como sagaz analista y militante comprometido en esa política de entendimiento entre Europa y el Mundo Árabe y en favor del proyecto de progreso y modernización de ese mundo que es el Proceso de Barcelona.

Ahora el profesor Khader nos ofrece una parte más profunda de su propia reflexión: la de la introspección del Mundo Árabe a la búsqueda de explicaciones y de raíces sobre su propia identidad, su historia, su compleja realidad presente y sus posibilidades de futuro. Se trata de una búsqueda complicada, en razón de la complicada historia del Mundo Árabe y, muy especialmente, de su crucial relación con Europa. Desde hace dos siglos, el Mundo Árabe, sacudido y sorprendido por el aldabonazo que le propinara Napoleón y l'Armée d'Orient en 1798, reflexiona sobre sí mismo en función de —y mirándose en— el espejo de Europa. Todavía hoy los árabes, herederos de una de las más grandes y prestigiosas civilizaciones de la historia, no acaban de salir de su perplejidad de 1798, cuando empezaron a vislumbrar el desajuste

* Director general del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed), antiguo embajador de España en Túnez.

histórico ocasionado por la revolución intelectual, científica y técnica —y luego industrial y militar— de Europa, frente al continuismo tradicionalista y al marasmo económico y social en que seguía el mundo musulmán y el árabe en particular. Es ese mirarse en el espejo europeo al final del período de marasmo bajo el yugo otomano el que lleva a los árabes a interrogarse sobre su herencia gloriosa, en agudo contraste con lo que perciben como su profunda decadencia, y a angustiarse progresivamente en la búsqueda de un futuro mejor. Por eso el profesor Khader busca en los hondones de la historia las explicaciones del presente; y esa explicación del propio Khader y de los árabes ante los europeos es también una explicación ante sí mismos.

Nos ofrece el profesor Khader en primer lugar las lecciones de la historia, los hechos, desde el nacimiento del islam, la expansión y la edad de oro del Califato, las confrontaciones de las cruzadas y el asentamiento del imperio otomano. Desde las primeras irrupciones europeas en ese mundo, nos recuerda la apretada y complicada historia del Mundo Árabe y de los países árabes en el mundo contemporáneo. Y cómo a las perplejidades del siglo XIX siguieron las grandes esperanzas y las grandes frustraciones del siglo XX. A la derrota del imperio otomano no siguió la liberación de una gran nación árabe, como habían prometido por las potencias europeas durante la Primera Guerra Mundial, sino el despiece del Mundo Árabe en un conjunto de países cortados a tiralíneas sobre los mapas en las conferencias diplomáticas europeas. Y a ello siguió la colonización y la dominación europeas extendidas a todo el Mundo Árabe bajo una u otra forma jurídica, como protectorados, colonias, mandatos o departamentos más o menos anexionados pero con derechos severamente recortados. El convulso siglo XX generó así nuevamente en cada gran viraje de su historia grandes esperanzas y grandes frustraciones. Esperanzas sobre todo de independencia y luego de desarrollo económico y social, de recuperación de la dignidad y del propio lugar en la historia. Los nuevos estados surgidos de la larga lucha de los movimientos nacionales por la independencia intentaron satisfacer tales esperanzas pero luego fueron incapaces de colmarlas y de ahí, tras la herida colonial, la primera gran fuente de frustración. La incapacidad de sus regímenes se puso de manifiesto por los errores burocráticos y estatistas de los nuevos nacionalismos socializantes y autoritarios en la época bipolar y por el egoísmo en muchas ocasiones de sus clases dirigentes. La frustración fue en aumento con las graves heridas físicas y sobre todo morales recibidas con las sucesivas y humillantes derrotas a manos de Israel, rematadas luego por Occidente con las invasiones de Iraq. A la falta de desarrollo económico y social y a las derrotas militares vino a sumarse la emigración a Europa —de nuevo Europa, la otra cara del espejo— vivida de manera ambivalente: como una liberación de las condiciones económicas, sociales o políticas en los países de origen, pero vivida también como una situación de discriminación y nueva humillación en los países de acogida.

El profesor Khader va presentándonos sucesivamente algunas calas en profundidad de los elementos clave para comprender la realidad actual del Mundo Árabe. Nos muestra distintos aspectos históricos y temáticos y, como queda dicho, su ambivalente relación con Europa y con Occidente. Sus dos capítulos simétricos sobre el imaginario colectivo —el que los occidentales se forman sobre Oriente, los árabes y el islam y el que se forman los árabes y los musulmanes sobre Occidente— resultan tan sugerentes como clarificadores. Sobre todo por el ejercicio de disección racional que implica de los sentimientos, las imágenes colectivas, los prejuicios o las ideas —o más bien creencias deberíamos distinguir con Ortega— preconcebidas. El mismo método racional, distinguir lo que es distinto como nos pedía Descartes, es aplicado a las complejas relaciones entre islam y modernidad. O más bien entre Mundo Árabe y modernidad, puesto que creo que lleva toda la razón el profesor Khader al aplicar aquí una metodología y un enfoque sociológico e histórico más que filosófico o esencialista. Lo que importa es la evolución, las transformaciones de las sociedades árabes, incluidas las ideas y las propuestas, seguidas o no, de sus pensadores, de sus líderes, de sus movimientos políticos. Las ansias de renovación y de modernización, o de vuelta atrás buscando la inspiración y fuerza del islam inicial, se cruzan y entremezclan reiteradamente en los debates sobre la laicidad, la modernización, el desarrollo de las libertades o la democracia. Y la claridad ayuda no sólo a entender la evolución de tales conceptos y de las realidades sociales en el Mundo Árabe, sino a distinguir también la evolución en esas sociedades de las actitudes y acciones ultraminoritarias pero tan ruidosas de los radicales —de los reaccionarios en el más puro sentido etimológico de la expresión— que se intoxican y se despeñan por el tobogán peligroso y maligno del rencor, de la violencia y del terrorismo. Acciones ultraminoritarias que avergüenzan a todos los musulmanes y a todo el islam.

La economía y la geopolítica forman parte, finalmente, de los distintos enfoques que Bichara Khader nos ofrece para presentarnos las distintas realidades y perspectivas del Mundo Árabe actual. La evolución socioeconómica del Magreb, del Machrek, su demografía, sus procesos de desarrollo y sus crisis de crecimiento, su comercio exterior o las inversiones, sus relaciones con Europa, nos aproximan a la realidad de tales países. Como la geopolítica del petróleo, la del agua, o la geopolítica sin más, nos ayudan a entender la de los países del Golfo. El comercio, la producción y el empleo, como la seguridad o las migraciones, van cobrando perfiles explicativos de esos países en la exposición de Khader. Los procesos, o más bien las propuestas regionales de integración a través del Consejo de Cooperación del Golfo o de la Unión del Magreb Árabe nos ofrecen finalmente algunas pistas sobre la deseable evolución de esas zonas.

La integración regional sur-sur, tan difícil a veces por querellas internas, como en el caso de la UMA, junto con el aprovechamiento de las posibilidades

que ofrece la relación privilegiada con Europa, aparecen como las dos grandes oportunidades y líneas de despliegue del desarrollo económico, social y también político e institucional de los países del Mundo Árabe. De nuevo, la doble vía, no antagónica sino complementaria, de la profundización en la identidad del Mundo Árabe en un sentido constructivo y de progreso y la relación con Europa y Occidente. Europa es la otra parte, la otra mitad de ese mundo común, bivalvo, al que los países árabes pertenecen y al que les une el Mediterráneo, una historia común y un futuro compartido sobre el que construir.

La larga excursión que nos ofrece el profesor Khader para explicarnos el Mundo Árabe bien vale pues la pena. Porque la inteligencia, la razón, ha de ser la guía para toda acción positiva, para toda política constructiva. Pero necesitamos también, y el profesor Khader nos la ofrece, la fuerza del corazón. Ese es el motor de nuestra acción, tanto individual como colectiva, porque conocemos ya de largo tiempo aquella enseñanza de que el corazón tiene razones que la razón sola no podría comprender. Su obra, su explicación, es pues una invitación a la comprensión y al entendimiento, pero también a la acción. Vale la pena acompañarle.

PRÓLOGO

Visto en el mapamundi, el Mundo Árabe no constituye un continente; como un amplio echarpe, se extiende desde Mauritania, en el extremo oeste, hasta el Sultanato de Omán, en el extremo este. En el mapa meteorológico mundial, es prácticamente la única región del mundo en que predomina el color ocre, el del desierto, y, a excepción de algún que otro país (Líbano, Siria, Iraq), todos los países árabes deben enfrentarse a una escasez hídrica (menos de 1.000 m³ por habitante) que en algunos casos incluso llega a penuria hídrica (menos de 500 m³). En cuanto al mapa de distribución geográfica de la población, este muestra un hecho sorprendente: una urbanización galopante. Hoy en día, más del 62 o 65% de los árabes viven en ciudades (más del 85% en los países del Golfo), e incluso los países de vocación agrícola, como Marruecos, Siria o Sudán, por citar solo tres casos, no escapan al éxodo rural hacia unas ciudades cada vez más tentaculares y depredadoras de las mejores tierras cultivables. En Egipto, El Cairo se convierte en una megalópolis de cerca de 20 millones de habitantes y, de modo general, el 90% de los 80 millones de habitantes del país de los faraones se aglomeran en una franja de tierra estrecha que bordea el Nilo. No por casualidad se dice que Egipto es un don del Nilo.

El gran conjunto árabe, compuesto por 22 estados (entre ellos Palestina, que sigue en su búsqueda desesperada de un Estado soberano) y 340 millones de habitantes en 2008, dispone de una institución común, la Liga de los Estados Árabes. Pero esta asociación representa un triste papel cuando se la compara con las instituciones de la Unión Europea. La paradoja llega a ser descorazonadora: por un lado, una Unión Europea de 500 millones de habitantes, compuesta de 27 países miembros, 23 lenguas nacionales (sin contar las lenguas regionales), y miles de traductores e intérpretes que cuestan al presupuesto de Europa (115.000 millones de euros) casi el 1%, y por el otro lado, una Liga de los Estados Árabes, una sola lengua, y, por lo tanto, ni un solo traductor. Y sin embargo, ¡qué largo es el camino que

la UE ha recorrido por la vía de la integración: mercado común, moneda única, banco central, etc., y cuánto camino queda por recorrer en la vía de la integración árabe!

Para colmo de la paradoja, los árabes no parten de cero, pues son los herederos de una fabulosa historia en la que, durante siglos, han nutrido el pensamiento filosófico y científico de Europa. Hubo un tiempo en que Avicena rebatía a Aristóteles, en que los filósofos europeos de la Edad Media disertaban sobre las tesis de Averroes, en que Ibn Al-Farid era, como recuerda el poeta libanés Salah Stétié,¹ «el comensal espiritual inmediato de Ramón Llull», y en que el arte mozárabe suscitaba (como suscita todavía hoy) la fascinación de las miradas.

No siempre es fácil tener tras de sí una historia tan prestigiosa: hay un riesgo real de mitificarla, de convertirla en un ídolo, en un icono. Y en realidad, los árabes viven hoy en una permanente disyuntiva entre melancolía y utopía: nostalgia de un pasado que se percibe como glorioso pero concluido, y un deseo utópico de reproducir dicho pasado. Esta división provoca un traumatismo real: cuando el pasado es glorioso, el presente deprimente y el futuro incierto, es lógico que se quiera restaurar la época de los antepasados: la del Profeta, la del Al-Ándalus, la época en que los árabes estaban en el centro de la historia y no en sus márgenes. Todo ello produce, en algunos entornos, una cultura centrada en el pasado, cuando, muy al contrario, las exigencias del momento requerirían extraer lecciones del pozo de la historia para escrutar el horizonte del futuro. Pero si el pasado es historia y el futuro es misterio, ¿cómo puede calificarse el presente del Mundo Árabe? ¿Un regalo o una pesada carga? Para muchos árabes, es una carga insoportable: ocupación israelí de territorios árabes, principalmente en Palestina y Siria, invasión americana de Iraq, inseguridad humana derivada de la necesidad (pobreza) y el miedo (represión, ocupación) por todas partes. Y aunque los países del Golfo no pasan penurias gracias al maná petrolífero, no se escapan del miedo, miedo a una inmigración extranjera demasiado importante (más del 75% de la población total en algunos emiratos), de un vecino persa que hace el papel de aguafiestas, de un Iraq inestable a sus puertas, de un agotamiento de los recursos petrolíferos que les acecha, incluso de una población nacional que quiere su parte del pastel y reivindica la movilidad social y política. Así pues, por todas partes, a pesar de algunos tímidos remansos en el ámbito económico y político, prevalece el pesimismo, muy bien resumido en esta frase que voy oyendo por distintos lugares: «El presente es peor que el pasado, pero mejor que el futuro.»

1. S. Stétié, *Culture et Violence en Méditerranée*, París, Librairie Nationale, 2008, p. 27.

Esta obra no es un llamamiento a una reacción de los árabes, a un segundo despertar: Néjib Azoury ya escribió una obra sobre el «despertar árabe» en 1905, en París. Pero sí pretende luchar contra el pesimismo ambiental que se nutre de la «desgracia árabe». La violencia, la pobreza y la represión no son meteoritos que hayan caído del cielo sobre un banco de hielo, sino que son producto de políticas erróneas, decisiones dudosas, alianzas sospechosas, desigualdades flagrantes y conflictos consentidos o impuestos. ¿Quién hubiera pensado, en el transcurso de la Primera Guerra Mundial o, todavía menos, en el transcurso de la Segunda, que los estados europeos iban a recuperarse, a girar la página de la violencia (desde 1600 hasta 1945, Europa no conoció veinte años seguidos de paz), reconciliarse y emprender la aventura comunitaria?

¿Por que habrían de fracasar los árabes donde Europa ha triunfado? ¿Debido a una especie de «excepción árabe» que les convertiría en rebeldes respecto a la democracia y reacios al trabajo colectivo? Este postulado culturalista es erróneo desde el punto de vista científico y peligroso desde el punto de vista político, pues deja a los árabes petrificados en una especie de atemporalidad que les convertiría en ciegos y sordos a los movimientos del mundo y a la evolución de las sociedades. Por lo tanto, deben cesar las peroratas que, *ad nauseam*, declaran que «los árabes se ponen de acuerdo en no ponerse de acuerdo», pues esto encierra a los árabes en las prisiones del derrotismo, cuando lo que más necesitan los 150 millones de árabes que hoy tienen menos de veinte años es estímulo, esperanza, confianza y optimismo.

Eso significa que los árabes precisan líderes legítimos e ilustrados, y no gobernantes hambrientos de poder. Los árabes también están muy necesitados de élites sociales e intelectuales capaces de inventar un proyecto de futuro fundamentado en una cultura auténtica y abierta. Porque, si no hay desarrollo sin enraizamiento, tampoco hay civilización sin apertura.

Pero esta obra no se dirige exclusivamente a los árabes: se dirige, ante todo, a Europa. Yo vivo y enseño en Europa, por lo tanto, en mis clases y conferencias me dirijo a públicos europeos. Pues bien, lo que constato cada día es particularmente preocupante: a pesar de la gran variedad de medios de información que todo el mundo tiene a su disposición y a pesar de los miles de obras disponibles sobre el Mundo Árabe y a pesar del hecho de que árabes y europeos son vecinos inmediatos e íntimos, el desconocimiento de las realidades árabes es pavoroso. Se confunde a los árabes con los musulmanes, cuando la mayoría de musulmanes no son árabes y cuando existen minorías árabes cristianas. Y, además, se confunde al islam como religión con el islamismo como ideología política. Por todas partes proliferan los prejuicios, estereotipos y tópicos, y ninguna capa social ni ningún público se salva de la ignorancia, como si el Mundo Árabe fuera una especie de «agujero negro», una «zona de tinieblas». Peor aún, en algunos ambientes, dicha ignorancia

va acompañada de hostilidad, como si el Mundo Árabe fuera el mundo de la alteridad inquietante.

Es cierto que hay especialistas competentes que conocen el Mundo Árabe y ofrecen de él una imagen menos deformada. Es cierto que hay eruditos que publican libros cultos cincelados con la minuciosidad de un orfebre. Y escritores que, con un arte consumado, ponen ante nuestros ojos algunas facetas de las sociedades árabes ejerciendo en los lectores un impacto que, por amortiguado, aumenta su eficacia. Pero junto a todos ellos, cuántos panfletarios rencorosos que vierten sin fin su delirio: basta con leer el libro de Oriana Fallaci, *La rabia y el orgullo*, del que se han vendido varios centenares de miles de ejemplares, para constatar los estragos que puede producir sobre los imaginarios colectivos. O los libros, falsamente universitarios, sobre el *hiyab* «instrumento de servidumbre», sobre la mujer árabe «esclava de una sociedad machista y patriarcal», sobre la violencia «consustancial» a la religión musulmana, sobre la integración «imposible» de los inmigrantes, sobre la «incompatibilidad de culturas», sobre el choque «secular» de las religiones, etc. Lo que choca en estos libros no es tanto que se hayan escrito como la preocupación de sus autores por encontrar causalidades unívocas para problemas complejos, de modo que corroboran certezas enraizadas en lugar de buscar una explicación para los hechos observables, que serían comprensibles recurriendo a las ciencias humanas y no rebuscando en los versículos coránicos.

Esta obra no es ni un trabajo erudito ni, mucho menos, una obra polémica. Simplemente, es un viaje al centro de Mundo Árabe, una indagación sobre su historia y su memoria, un análisis de sus desafíos presentes y una reflexión sobre las sendas del futuro. Al escribirlo, he intentado evitar dos escollos: el de una solidaridad de principio con los árabes, a los que estoy ligado por múltiples afinidades, y el de la satanización de sus adversarios, tanto reales como inventados.

Si la obra se titula *El Mundo Árabe explicado a Europa* no es por pedantería ni por coquetería intelectual, sino porque intenta responder a todas las grandes preguntas relativas al Mundo Árabe que a menudo me plantean en mis clases universitarias o durante conferencias públicas en los distintos países europeos: sobre la historia, Palestina, el sistema regional árabe, el renacimiento, los imaginarios colectivos, la laicidad y la democracia, el tema de la migración, el desarrollo económico, la geopolítica del agua y del petróleo y las integraciones regionales. Pero también porque Europa está presente en toda mi investigación. Catorce siglos de roce entre árabes y europeos —conquistas y reconquistas, victorias y derrotas, mezclas y mestizajes— han producido tal intimidad que Europa se ha introducido en lo más profundo del ser árabe, de modo que hoy es casi imposible leer la historia del Mundo Árabe independientemente de la de Europa.

Por lo tanto, es una presentación general del Mundo Árabe: su espacio, su historia, sus sociedades, sus desafíos, sus estados y sus relaciones con sus vecinos europeos. El lector constatará por sí mismo el tono desapasionado, el enfoque crítico y el aliento humanista. Y si existe un mensaje que esta obra quisiera transmitir, es este: las sociedades árabes, como todas las sociedades del mundo, se mueven, cambian, se hacen preguntas, se buscan a sí mismas; los pueblos árabes no se deleitan en la servidumbre; como todos los pueblos de la tierra, quieren desembarazarse de las cadenas que les paralizan; sienten pasión por la paz aunque algunos de ellos, muy minoritarios, elijan la cultura de la muerte; y, finalmente, quieren participar en el movimiento del mundo para no quedarse en el puerto viendo cómo zarpa el barco.

Estos son, esbozados brevemente, el objetivo, el espíritu y el mensaje de la presente obra. Quiero dar las gracias a las decenas de historiadores, sociólogos, políticos y geopolíticos árabes y no árabes por haber alimentado mi propia reflexión. No podría citarles a todos, pero quisiera mencionar muy particularmente la influencia decisiva que han tenido para mi reflexión las notables obras de mis hermanos árabes: Georges Corm, Mohammed Arkoun, Hicham Djait, Ghassan Salameh, Bourhan Ghalioun, Mohammad Charfi, Filali-Ansary, Fatima Mernissa, Nawal Saa'dawi y, sobre todo, el difunto Edward Said.

Algunos lectores encontraran fallos y puntos débiles. Soy consciente de ello, pero como dice el proverbio oriental: quien está extendido sobre el suelo se protege de la caída, lo que equivale a decir que tropezar es el lujo de los que caminan.

A MODO DE INTRODUCCIÓN GENERAL

Todo predispone el espacio árabe a alimentar los sueños y los miedos, suscitar el interés, aguzar la curiosidad y atizar rivalidades. Un espacio que es, al mismo tiempo, tierra de profetas, cuna de tres religiones monoteístas, lugar de paso, zona de contigüidad entre grandes conjuntos culturales y, finalmente, esponja embebida de petróleo y gas, dos recursos estratégicos indispensables para el desarrollo económico tanto de los países consumidores como de los países productores.

Tal acumulación de atributos debía marcar forzosamente la historia del espacio árabe. Desde hace mucho tiempo, ésta ha sido un incesante vaivén de conquistas y reconquistas, de expansión y reflujo. El espacio árabe, una zona de proximidad inmediata a Europa, ha sido, sobre todo desde el siglo XIX, el escenario de interferencias europeas que condujeron a su fragmentación en zonas de influencia y cotos de caza, como certificar, después de la Primera Guerra Mundial, el mandato francés en Siria y Líbano y el mandato británico en Iraq y Palestina —país, este último, que en su mayor parte se transformó en el Estado de Israel en 1948—, pero sobre todo, a partir del siglo XIX, la colonización francesa de Argelia y el protectorado francés en Marruecos y Túnez así como la colonización italiana de Libia. Estas ingerencias continúan hasta nuestros días, bajo numerosos pretextos, como demuestra la invasión norteamericana de Iraq a partir de 2003.¹

Hoy en día, a excepción del pueblo palestino, que sigue careciendo de un Estado (véase el capítulo sobre Palestina), todos los estados del Mundo Árabe han recuperado su independencia. Pero los itinerarios históricos diferenciados han impuesto a cada Estado rasgos particulares que se reflejan en la naturaleza

1. Véase capítulo I «Mundo Árabe, resumen de su historia (622-2008)».

de su régimen, sus alianzas regionales e internacionales, en su percepción de la seguridad y en su inserción en el sistema regional y mundial.²

Breve caracterización del espacio árabe

I. Es un espacio sobrecargado de historia, casi ahogado por ella.

El Mundo Árabe es heredero de grandes civilizaciones. Basta con cruzar este espacio de Norte a Sur o de Oeste a Este para darse cuenta de hasta qué punto constituye un museo de pertenencias múltiples, identidades complejas y memorias fértiles.³ En consecuencia, muchos acontecimientos del presente resultarían herméticos e imposibles de comprender sin la luz de la historia. Ni momia ni ídolo: la historia bien entendida puede ser fuente de inspiración para construir el futuro. Desgraciadamente, la lectura que los países árabes —y a decir verdad, todos los pueblos del mundo— hacen de su historia a menudo es instrumental, en el sentido de que, a partir de una presentación idealizada de sí mismos, trata de destacar la esencia nacional, las imágenes movilizadoras, los héroes conquistadores y victoriosos, no solo para dar sentido a los acontecimientos contemporáneos, sino también para construir una identidad.

El Occidente europeo es omnipresente en la larga historia del espacio árabe, en primer lugar como objeto de conquista (siglos VIII-XV), posteriormente como centro de poder (siglos XVI-XVIII) y finalmente como sistema colonial (siglos XIX-XX). Este roce secular entre ambos espacios suscitó una intimidad histórica tal, que es prácticamente imposible comprender la historia árabe independientemente de la historia europea, y viceversa.

En el movimiento pendular de la historia mediterránea y árabe, la religión ha servido a menudo como estandarte para galvanizar las energías (guerra santa o guerra justa, eje del Bien o eje del Mal),⁴ para legitimar la expansión,⁵ para construirse una identidad, o simplemente para dar sentido a unos pueblos sacudidos por una modernización que no han dominado ni asumido.

II. Este espacio es un nudo geoestratégico.

No es solo el punto de intersección de tres continentes, sino también un lugar de paso para la navegación marítima y aérea y el transporte terrestre. Une el Mediterráneo con el océano Índico por el canal de Suez, y el golfo Pérsico con el océano Índico por el estrecho de Ormuz. De un extremo a otro, está

2. Véase el capítulo III sobre el sistema regional árabe.

3. Véase el capítulo VI sobre el renacimiento árabe.

4. Véanse los capítulos X y XI sobre el terrorismo y sobre las semillas de la ira.

5. Véase el capítulo II sobre Palestina.

cruzado por los oleoductos que dirigen el petróleo de Iraq, el Golfo y Arabia hacia los puertos mediterráneos, y después hacia los puertos europeos, y por gasoductos que unen Argelia con los mercados español e italiano y más allá. En pocas palabras, este espacio es clave, encrucijada y corredor.

III. Este espacio alberga unos recursos estratégicos pero mal repartidos.

Alberga cerca del 60% de las reservas comprobadas de petróleo y el 35% de las reservas comprobadas de gas, contribuye en un 40% a la producción petrolífera mundial y en un 25% a la producción de gas. Pero estos recursos se encuentran concentrados en países de poca densidad humana. Es el caso de los emiratos del Golfo. Arabia Saudí tiene una población de unos 20 millones de habitantes, pero como mínimo una cuarta parte está constituida por extranjeros. Iraq, con sus 26 millones de habitantes, combinaba suficientes recursos humanos y económicos para pretender alcanzar el rango de economía emergente, pero las múltiples pruebas a las que se ha visto sometido este país, desde la guerra Iraq-Irán (1980-1989) hasta la invasión norteamericana (2003), pasando por la ocupación de Kuwait y sus consecuencias (1990-1991), no solo han puesto el país de rodillas, sino que sobre todo lo han dividido en comunidades étnicas y religiosas. Argelia, con una población de más de 33 millones de habitantes, no solo es el país árabe petrolero más poblado, sino también el de mayor extensión.⁶

IV. El Mundo Árabe, bien provisto de petróleo y gas, sufre penuria hídrica.

Es cierto que el Líbano escapa de momento a la situación de estrés hídrico, y que Siria e Iraq siguen beneficiándose del suministro del Eufrates, pero el caudal de este río experimenta una constante disminución como consecuencia de la puesta en marcha del proyecto GAP (proyecto de desarrollo hidroeléctrico turco) en el sudeste de Anatolia. Jordania y Palestina viven una auténtica penuria hídrica, con menos de 200 m³ por habitante y año, es decir, muy por debajo de la barrera crítica de estrés hídrico de 500 m³ por habitante y año. De momento, la situación hídrica en el Magreb es soportable, pero en el horizonte se perfila la penuria debido al crecimiento demográfico, la rapidez de la urbanización y el desarrollo turístico.⁷

V. Es un espacio de alto crecimiento demográfico, pero donde ya se ha iniciado la transición demográfica.

El índice de fecundidad está bajando en todas las regiones, sobre todo en el Líbano y el Magreb. De modo general, en los lugares donde las mu-

6. Véase el capítulo XV sobre la geopolítica del petróleo y sobre la seguridad energética de la UE.

7. Véase el capítulo XIV sobre la geopolítica del agua.

jeros han recibido mayor instrucción, utilizan los métodos anticonceptivos, retrasan la edad del matrimonio, están más urbanizadas y expuestas a los modelos culturales occidentales, los índices de fecundidad descienden. Pero allí donde persisten las sociedades conservadoras (en el ámbito de las costumbres), el modelo patriarcal, la economía rentista, la escasa participación en el mercado de trabajo (menos del 10% de las mujeres saudíes tienen un empleo remunerado, contra el 55% de los países escandinavos y el 40% de España) o simplemente la situación de privación y enclaustramiento a la que se ve sometido un pueblo (como el palestino), la transición demográfica es más lenta. Pero en todas partes, la población es joven (el 45% tiene menos de veinte años), lo que significa un crecimiento importante de la población árabe (335 millones en 2007). La culminación de la transición demográfica tendrá lugar hacia 2015 por lo que respecta al Magreb y 2025 al Machrek (Oriente Medio). En los próximos veinte años, la estructura por edad, muy joven, seguirá siendo un factor decisivo en la determinación de la mano de obra disponible (fuerza de trabajo), la dimensión de la fuerza activa y el índice de dependencia económica.⁸

VI. A pesar de los progresos reales en la democratización de la educación y la recesión del analfabetismo, el desarrollo científico y tecnológico del Mundo Árabe sigue siendo débil: los países árabes, en su conjunto, dedican menos del 0,2% a I+D (investigación y desarrollo), contra el 2 o 2,5% en los países industrializados.

VII. La industrialización árabe se basa en la extracción de materias primas o producciones de escaso contenido tecnológico, escaso valor añadido y escaso efecto de arrastre. Es cierto que los países del Golfo han desarrollado una gran industrialización petroquímica con valor añadido, pero deben hacer frente a las protecciones, tarifarias y no tarifarias, de los mercados consumidores.⁹

VIII. En cuanto a la agricultura, sigue absorbiendo el tercio de la población, contribuye en cerca de un 20% del PIB, pero el déficit alimentario es alarmante, ya que se importa una caloría de cada dos. En los países del Golfo y Jordania la situación es grave, pero ni siquiera Egipto y Argelia consiguen ya autoabastecerse de alimentos. En teoría, con sus 13 millones de km² (más que China, con 9 millones de km², y más que los Estados Unidos, con 9

8. Véanse los capítulos XII y XIII sobre la evolución económica del Machrek y del Magreb.

9. Véase el capítulo XVII sobre las relaciones de la UE y del Consejo de Cooperación del Golfo.

millones de km²), el Mundo Árabe debería disponer de suficiente espacio para alimentar a su población e incluso disponer de algún excedente para la exportación. Por desgracia, los desiertos ocupan su mayor parte. Cerca del 90% de la población egipcia se concentra en el valle del Nilo. La falta de inversiones constituye otro obstáculo: Sudán dispone de una considerable superficie de tierras cultivables y recursos hídricos que podrían transformar a este país en el granero del Mundo Árabe, pero la negligencia de la agricultura, unida a la escasez de inversiones y los problemas internos, impiden explotar su potencial agrícola.

IX. El espacio árabe está intensamente polarizado entre países poblados (Egipto, Irán, Siria, Argelia, Marruecos, Iraq, Sudán y Yemen) y estados-ciudades (Kuwait y los demás emiratos); entre países de gran presión demográfica y países de gran presión de capitales; entre países con recursos hídricos suficientes y países con recursos deficitarios; entre países que reivindican un liderazgo regional (Siria, Egipto y Arabia Saudí, Marruecos o Argelia) y países que intentan preservarse de las ingerencias exteriores.¹⁰

X. Es un espacio de emigración e inmigración.

Además de los 2 o 3 millones de sirios, libaneses, palestinos y sus descendientes establecidos en América Latina y los 2 millones de árabes instalados en Estados Unidos, como mínimo hay 5 millones de árabes palestinos, libaneses, sirios, egipcios y yemenís que trabajan en los países del oro negro. A todos estos árabes emigrados a América Latina, Estados Unidos y los países petrolíferos, habría que añadir los 900.000 emigrados aproximadamente del Oriente Próximo establecidos en Alemania, países escandinavos (libaneses, palestinos, iraquíes y magrebíes), Inglaterra (burguesía de Oriente Próximo) y Francia (diáspora libanesa) y sobre todo, los 5 o 6 millones de magrebíes que viven en todos los países de la Unión Europea, principalmente en Francia, Bélgica, Holanda, Italia y España.¹¹

XI. Es un espacio eminentemente conflictivo.

El conflicto árabe-israelí es, con creces, el epicentro de la conflictividad de Oriente Próximo. Pero dejando al margen este conflicto, existe una abundancia de rivalidades sobre la delimitación de las fronteras terrestres o marítimas que oponen, por ejemplo, a Arabia Saudí con todos sus vecinos, o el cuestionamiento del reparto de territorios realizado por las potencias coloniales (conflicto del Sáhara Occidental, conflicto Iraq-Kuwait de 1990-

10. Véase el capítulo III sobre el sistema regional árabe.

11. Véase el capítulo XVI sobre la geopolítica de las migraciones.

1991), o también sobre la ingerencia de determinados estados en los asuntos de sus vecinos. Además, la región está sujeta potencialmente a un conflicto agudo sobre el agua entre países en el curso alto y bajo de un río internacional (Siria-Turquía, y Siria-Iraq), y entre países que comparten la misma cuenca hidrográfica (Israel, Jordania, Siria y Territorios palestinos) o una frontera hídrica (Iraq-Irán).

En los conflictos relacionados con la apropiación ilegal de territorios (conflicto árabo-israelí), al trazado de las fronteras, el reparto y la gestión de los recursos hídricos pueden añadirse los que oponen a las distintas corrientes ideológicas que entrechocan en el Mundo Árabe: arabistas *versus* islamistas, nacionalismo árabe *versus* patriotismo local, laicos *versus* religiosos.¹²

XII. Es un espacio que se pregunta por su identidad y sus finalidades y que se plantea muchas preguntas. ¿Quiénes somos? ¿Qué papel debe ocupar la religión? ¿Qué reforma debe sufrir el estado? ¿Qué modernización debería experimentar la economía? Son preguntas primordiales que remiten a la relación de los árabes con su pasado y su memoria histórica, a la relación de los árabes con la modernidad ética, política, científica e intelectual y a las relaciones de los árabes con su entorno inmediato (Turquía, Irán, Israel) y con sus vecinos próximos —Europa—¹³ y lejanos —Estados Unidos.¹⁴

XIII. Es un espacio dominado por regímenes autoritarios.

Pero estos regímenes no se parecen entre sí. Algunos son «cerrados» pero presentan una fachada de funcionamiento democrático, con elección de comités populares, como en Libia, e incluso elecciones parlamentarias, como en Siria. Otros son calificados de «híbridos» (Argelia, Marruecos, Egipto, Jordania, Sudán, Yemen), donde el autoritarismo coexiste con formas de pluralismo controlado. Mauritania es el único país que vivió, durante poco tiempo, un régimen abierto, con alternancia política, pero el último golpe de Estado militar, en 2008, cortó de raíz a su naciente democracia. El Líbano constituye un caso a parte, ya que este país heredó una democracia consensual, sobre base confesional, que, por otro lado, la evolución demográfica interna y las ingerencias de actores externos echó a perder. Los Territorios palestinos experimentan una verdadera eclosión democrática, ya que se celebran elecciones libres y transparentes; las últimas, en 2006, llevaron a Hamas al poder. Por desgracia, los resultados no fueron del agrado de Israel, Estados Unidos

12. Véanse los capítulos III, VI y VII sobre el sistema regional árabe, la modernidad y el renacimiento árabe.

13. Véanse los capítulos sobre las relaciones euro-árabes.

14. Véanse los capítulos IX y XI sobre el Gran Oriente Medio y las semillas de la ira.

y Europa, lo que llevó al boicotear el gobierno de Hamas. Pero los casos de Palestina y Líbano son, en muchos aspectos, excepcionales para servir de catalizadores a una transformación democrática generalizada. La sensación que prevalece por ahora es la capacidad de los regímenes árabes autoritarios para perpetuar su influencia en la sociedad utilizando legitimaciones históricas, distributivas y religiosas o presentándose como los garantes de la estabilidad frente al «terrorismo», o como los heraldos de la modernidad.¹⁵

XIV. Es un espacio en que la alternativa a los regímenes autoritarios tiene a menudo carácter religioso. Puesto que los estados han perseguido las democracias, puesto que la demanda democrática ha permanecido confinada en las élites urbanas occidentalizadas, puesto que Occidente, desde la desaparición de la Unión Soviética, ha apostado más por la estabilidad de los regímenes árabes aliados que por su democratización, y puesto que las esferas de influencia que se reivindican como islamistas disponen de una mejor red de cobertura del territorio nacional y un enraizamiento social, hoy en día, los partidos «musulmanes» son los únicos capaces de capitalizar el descontento social para presentarse como alternativas creíbles a unos regímenes depredadores y corruptos. Lo que explica, en gran parte, porqué Occidente, que había convertido la democracia en su punta de lanza,¹⁶ hoy coloca la exigencia democrática en la reserva, ya que prefiere tratar con el diablo conocido (los regímenes autoritarios) antes que con el diablo que conoce menos o mal (los islamistas).

XV. Es un espacio sin instituciones regionales eficaces.

En el plano político, la Liga de Estados Árabes es muy anterior al Tratado de Roma (ya que se creó mediante el protocolo de Alejandría en 1945), pero, más de sesenta y ocho años después de su nacimiento), no podemos dejar de constatar que ha servido más de caja de resonancia de los conflictos interárabes que de instrumento de su unificación, incluso de su integración económica. Y sin embargo, no ha sido por falta de acuerdos y tratados: baste recordar el Acuerdo de la Unión Económica Árabe de 1957, el Consejo de la Unidad Económica Árabe (Council for Arab Economic Unity) de 1964, el acuerdo para el fomento de los intercambios comerciales interárabes de 1981 (Arab Trade Agreement), o el Acuerdo sobre la creación de una Gran Zona Árabe de Libre Cambio de 1997.¹⁷

15. Véase el capítulo VIII sobre el Estado, la sociedad civil y la democracia.

16. Véase el capítulo IX sobre el Gran Oriente Medio

17. Véanse los capítulos III, XVII y XVIII sobre el sistema regional árabe, la Unión del Magreb árabe y el Consejo de Cooperación del Golfo.

A estos acuerdos, sellados en el marco de la Liga de los Estados Árabes, podemos añadir la formación, en 1981, del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y, en 1989, del Consejo de Cooperación Árabe (que incluye a Iraq, Jordania, Egipto y Yemen), así como la Unión del Magreb Árabe (UMA). Si bien el primero ha sobrevivido a las tempestades del Golfo, el segundo no resistió la segunda Guerra del Golfo (crisis kuwaití). En cuanto al tercero, sigue siendo en gran parte un proyecto virtual.

En el plano de la defensa, el Acuerdo de defensa común de 1951 no ha llevado ni a una coordinación de los aparatos militares ni a una instancia de seguridad regional coherente, creíble y dotada de suficientes medios para defender la región contra las invasiones de los agentes exteriores e impedir las veleidades expansionistas de los miembros que participan en el Acuerdo.

Es pues, un espacio que sufre un vacío estratégico preocupante y la ausencia de una organización regional de seguridad susceptible de prevenir o, en su defecto, resolver las crisis.¹⁸

XVI. La integración económica regional, relacionada con la constatación precedente, sigue siendo un deseo ferviente. Ciertamente es que los países del Golfo han conseguido, no sin esfuerzo, coordinar algunas actividades económicas, autorizar la libre circulación de personas, poner en marcha empresas mixtas, animar las inversiones cruzadas, acordar una tarifa aduanera común, establecer un «mercado común» en 2008; pero hasta hoy no han desmantelado las fronteras internas, no disponen de una moneda única y están muy lejos de poder garantizar por sí mismos su propia seguridad, a pesar de las compras masivas de sofisticado armamento. Para el conjunto de la región árabe, la constatación es todavía más alarmante: a excepción de Jordania y Líbano, cuyos intercambios interregionales supera el 25% del total de sus intercambios, los demás países realizan más intercambios con Europa, Estados Unidos y Asia que con sus países hermanos; el comercio interárabe apenas excede el 10% del total de los intercambios. Por contra, los intercambios con la UE representan del 35 al 40% del total de los intercambios de los países del Golfo, alcanzando incluso el 80% del total de los intercambios de Túnez.¹⁹

XVII. La Unión Europea es el primer partenaire comercial de todos los países árabes, sobre todo del Magreb. Ello explica la puesta en marcha de distintas políticas europeas, las últimas en fecha, el Partenariado euromedi-

18. Véanse los capítulos III, XVII y XVIII sobre el sistema regional árabe, el Consejo de Cooperación del Golfo y la Unión del Magreb árabe.

19. Véanse los capítulos XII y XIII sobre el desarrollo económico del Magreb y el Ma-chrek.

terráneo, la Política de Vecindad (2004) y el Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo (2008).²⁰

XVIII. Finalmente, es un espacio en el que la percepción de los estados sobre su seguridad ha sido y sigue siendo determinada por la historia, la geografía, la demografía y la disponibilidad de recursos.

La historia y la geografía remiten a las propias condiciones de la formación de los estados. Así, Egipto se considera como un Estado «realizado», dotado de una densidad estatal indiscutible y un sistema burocrático enraizado en las propias tradiciones de la civilización hidráulica de tipo faraónico, y posteriormente en la edificación del Estado-nación moderno en 1805. En consecuencia, la ocupación del Sinaí por parte de Israel de 1967 a 1979 fue vivida como un ataque grave a la integridad territorial egipcia, que determinó la percepción egipcia de la seguridad y, por tanto, su relación con Israel. No es este el caso de Siria, que considera «mutilado» su espacio natural, en primer lugar por la división colonial de la Gran Siria después de la Primera Guerra Mundial, después por la anexión del territorio de «Alejandreta» por parte de Turquía en 1939, y finalmente, por la ocupación de los Altos del Golán (1967) y su anexión por parte de Israel en 1981. El Iraq de Saddam Huseín también se consideraba víctima de una mutilación territorial, ya que la creación del emirato de Kuwait le privaba de un acceso significativo al Golfo Pérsico. Más aguda todavía es la percepción que los palestinos tienen de su seguridad colectiva, ya que Israel se fue implantando en fases sucesivas en el 78% de su territorio entre 1948 y 1967 y ocupó el 22% restante en 1967. Toda Palestina, del Jordán al Mediterráneo, se ha transformado en Estado judío u ocupado por él. Todo ello produce en los palestinos una sensación de «enclaustramiento» (en los territorios ocupados) y de «desenraizamiento» (en los campos de refugiados).

Para los árabes de Oriente Próximo, Israel es percibido como la principal fuente de amenaza exterior a escala de la región... Pero Israel no habría podido ir ganando terreno en el espacio árabe sin el apoyo financiero, militar y diplomático de los países occidentales. No sorprende, pues, que la desconfianza respecto a Occidente, sobre todo el Occidente americano, esté más generalizada en Siria, Iraq, Egipto y entre los palestinos.²¹ También se encuentra esta desconfianza, aunque en menor medida, en los países del Magreb. El caso de los países del Golfo es bastante sintomático del divorcio entre el sentimiento popular y la política de los regímenes instituidos que deben a Occidente no solo la formación del Estado-nación, sino también

20. Véase la segunda parte sobre el Mundo Árabe y la Unión Europea.

21. Véase el capítulo XI sobre las semillas de la ira.

su supervivencia política, como certifican la segunda Guerra del Golfo y el destacamento de las tropas americanas en la región.

La demografía árabe (340 millones en 2008, de los que 150 millones son jóvenes de menos de veinte años) no es en sí misma un impedimento para su seguridad. Sin embargo, unida al deficiente desarrollo, la imprevisibilidad regional y la marginalización del Mundo Árabe en la economía mundial, ya lo es. La población del conjunto árabe se ha duplicado en el transcurso de las veinticinco últimas décadas. Pero si bien la demografía no plantea problemas insuperables en las petromonarquías que sufren complejo de «delgadez demográfica», por otro lado, desde Egipto hasta Iraq, el aumento bruto de las cantidades, pero también la estructura joven de edades, plantean desafíos insuperables a los estados que se traducen en una urbanización salvaje, un déficit alimentario, un paro crónico, una protesta social y una deslegitimación de los regímenes instituidos. Aquí, las fuentes de inseguridad son de carácter interno y de naturaleza socioeconómica. Pero no dejan de estar relacionadas con el contexto regional, en la medida en que los gastos de defensa desvían sumas considerables de los sectores sociales prioritarios, mientras que la tensión doméstica y regional contribuye a mantener en el poder a unos regímenes autoritarios.

A escala de toda la región, el acceso a los recursos es otro factor de tensión. Ello es cierto para el petróleo, que es origen de numerosos conflictos fronterizos entre Arabia y sus vecinos, pero también entre Iraq y Kuwait y entre Túnez y Libia (conflicto resuelto de forma amistosa). Pero sobre todo, es cierto en lo que concierne al agua. La desigualdad de distribución de este recurso suscita enormes tensiones entre los países. Con varios países viviendo en una situación de estrés hídrico, incluso de penuria (menos de 500 m³/h/año), el reparto de este recurso escaso es un reto considerable para la seguridad. Hoy las revueltas por hambre se han visto sucedidas por «revueltas por agua». El agua, fuente de tensión e inestabilidad interna, podría provocar, en un futuro, múltiples conflictos, a menos que se instituya una comunidad regional del agua para realizar un reparto equilibrado y una gestión común, lo que requiere, previamente, la solución de los conflictos que afligen a la región.²²

De la enumeración precedente se deduce que los factores de inseguridad son de orden tanto interno como externo. Pero es evidente que el componente externo exagera a menudo el componente interno. Es el caso, sobre todo, de Oriente Próximo y los países del Golfo. Ciertamente es que el Magreb sigue desgarrado por el conflicto del Sáhara Occidental, y que Argelia fue escenario

22. Véanse los capítulos XIV y XV sobre la geopolítica del petróleo y la geopolítica del agua.

de una crisis sangrienta durante varios años, pero, globalmente, la situación, si bien no se ha calmado del todo, tiende a mejorar. Libia, hace tiempo considerada por los norteamericanos como un «país rebelde», ha girado la página de la confrontación con Occidente. Túnez sigue practicando un hábil juego de equilibrios. Argelia recupera la prosperidad financiera y parece ganar la batalla que le opone a los islamistas, pero los atentados terroristas se suceden episódicamente. Mientras, Marruecos puede contar con la comprensión de Estados Unidos y la Unión Europea para hacer valer sus reivindicaciones y presentarse como un eje de moderación en el Magreb. En resumen, desde el lejano episodio de la Guerra de las Arenas, que en los años 1960 enfrentó a Marruecos y Argelia, y a parte del conflicto del Sáhara Occidental (todavía vigente), no hay guerras entre los estados de Magreb, aunque las fronteras entre Argelia y Marruecos están cerradas desde 1994.

En el transcurso de las tres últimas décadas, las zonas que han sufrido los conflictos más mortíferos son Oriente Próximo y el Golfo Árabe: conflicto Iraq-Irán (1979-1989) con un apoyo occidental masivo al Iraq de Saddam Huseín, invasión israelí del Líbano de 1982, primera Intifada palestina en 1987, ocupación iraquí de Kuwait en 1990 y guerra de liberación del emirato árabe gracias a una coalición respaldada por Estados Unidos (1991), conflicto interyemenita en 1994, segunda Intifada palestina (a partir de 2000), invasión americana de Iraq en 2003 y guerra del verano de 2006 entre Israel y el Hezbolá.

Aunque los conflictos que han enfrentado Iraq e Irán e Iraq y Kuwait, así como la invasión americana de Iraq, en 2003, hayan sido los más mortíferos, no es menos cierto que el conflicto árabo-israelí, por su naturaleza, duración, protagonistas, geografía «sagrada» donde se desarrolla, prolongaciones locales, regionales, internacionales y aspectos multifacéticos, sigue siendo el «core issue» o epicentro del reparto estratégico regional, como elemento estructurador de las tensiones intraestatales (entre estados y sociedades civiles), interestatales, intrarregionales, incluso de las relaciones árabes con los agentes regionales internacionales. Teniendo en cuenta esta observación, la pregunta esencial que podemos plantearnos es la siguiente: si el conflicto árabo-israelí es percibido como el epicentro del conflicto que determina la percepción de seguridad de los árabes, ¿por qué los estados árabes no han conseguido instituir una especie de «comunidad de seguridad» y un «pacto de defensa común» operativo y eficiente?

El fracaso de la construcción de un sistema regional árabe de seguridad viable por sí mismo se explica por varios factores:

- La imposibilidad de desarrollar una percepción común de las amenazas, de ponerse de acuerdo sobre la designación de verdaderos enemigos y la identificación de los auténticos retos, no permite la definición de una política de defensa común.

- La sensación de que el peligro viene del «interior» o del exterior inmediato, del «nearest abroad» (el Estado vecino) hace difícil cualquier tipo de cooperación.
- El propio concepto de profundidad estratégica, que supuestamente debe reducir la sensación de vulnerabilidad, permanece confuso.
- Los estados se comportan de modo pragmático y basan su política de seguridad en primer lugar en sus propios intereses.
- La confusión entre los intereses nacionales y los intereses de los regímenes limita el campo de las preocupaciones en materia de seguridad a la perpetuación de los regímenes vigentes.

Todos esos factores explican la ausencia de una comunidad de seguridad entre los distintos componentes estatales del Mundo Árabe. De ahí esa profunda sensación de impotencia que tan bien analizó Samir Kassir, cuya brutal muerte, en Beirut, es un escalofriante indicador de lo que él denominó «la desgracia árabe». Pero, ¿acaso no se dice que «la noche es más oscura justo antes del alba»?

PRIMERA PARTE
HISTORIA, MEMORIA
Y SISTEMA REGIONAL